

Posautonomía, poscompromiso y literaturas posglobales

Gustavo Guerrero

UNIVERSIDAD PARIS CERGY-PONTOISE

A principios de los años 60, en la reseña que dedica al *Kafka* (1960) de Marthe Robert, Roland Barthes da cuenta del cambio de época al que se asiste en Francia tras el desgaste del paradigma del compromiso sartreano y el ascenso de otras corrientes literarias menos inclinadas a tratar abiertamente temas políticos y sociales. Algo incómodo, y sin esconder su escepticismo ante la transición que se esboza, escribe entonces en son de queja:

¿Estará nuestra literatura condenada para siempre a este vaivén agotador entre el realismo político y el arte por el arte, entre una moral del compromiso y un purismo estético, entre la complicidad y la asepsia? ¿No podrá ser nunca sino pobre (cuando solo es ella misma) o confusa (si trata de ser otra cosa)? ¿No podrá encontrar por tanto un lugar justo en *este mundo*? (Barthes, 1964, p. 138)

De un modo bastante explícito, Barthes alude con sus preguntas al prolongado y recurrente conflicto que, a lo largo de la historia moderna de las letras francesas, enfrentara a los defensores de la autonomía literaria y a los partidarios de una literatura militante y / o

identificada con las luchas populares. Entre Zola y Mallarmé, entre Víctor Hugo y Valéry, entre Claudel y Sartre, la distancia pareciera infranqueable y a Barthes no le faltaba razón para quejarse. Pero, a mi modo de ver, en este párrafo no solo se queja, sino que hace también otra cosa: formula el anhelo de superar esta oposición e incluso —me atrevo a sugerirlo— de dejar atrás un modelo de interpretación de la modernidad artística y literaria que, basado en una simplificación y una exacerbación de la dicotomía, la convierte prácticamente en un inevitable dilema estético y moral. A través de la noción de escritura y sus desarrollos teóricos dentro de la esfera estructuralista y posestructuralista, Barthes fue uno de los primeros que se planteó una reconceptualización del problema que permitiera analizar con más complejidad la dialéctica entre los dos términos y ayudara a entender mejor sus intrincadas y variables relaciones. Junto a él, habría que mencionar igualmente al Pierre Bourdieu de *Les Règles de l'art: genèse et structure du champ littéraire* (1992) que, como muchos sabemos, remodela por completo la definición de autonomía en la segunda mitad del siglo XX y revoluciona la idea que se había tenido hasta entonces de los vínculos entre literatura y sociedad.

Creo que hay que esperar, sin embargo, hasta estas primeras décadas del siglo XXI, para que aparezca un conjunto de trabajos que, a la zaga de Barthes y Bourdieu, y desde territorios tan distintos como la filosofía, la historia, la teoría literaria y la sociología de la literatura, han ido renovando la discusión y han ido esbozando nuevas posibilidades de superación de la problemática de la autonomía y el compromiso. Estoy aludiendo, entre otros, a los ensayos de Jacques Rancière *Le Partage du sensible* (2000) y *Aisthesis* (2011), a la obra de referencia de Benoit Denis, *Littérature et engagement: de Pascal a Sartre* (2000), a la ambiciosa revisión conceptual, teórica e histórica de Aukje Van Rooden, *Literature, Autonomy and Commitment* (2016) y al conjunto de artículos reunidos recientemente por Gisèle Sapiro en el dossier bilingüe “Autonomies of Art and Culture / Autonomies des arts et de la culture” de la revista *Biens Symboliques* (2019). Todos estos escritos y algunos más no solo ponen de relieve el relativismo

creciente de la oposición entre los dos conceptos, sino que nos muestran que el uno y el otro participan por igual, a principios del siglo XXI, de la convicción de que la literatura aún tiene un papel que desempeñar en la vida y en la transformación de una comunidad como un agente del cambio político y social.

Huelga decir que la historia de las literaturas latinoamericanas, como historia moderna al fin, también se ve recorrida por la antinomia entre los dos términos, desde que aparecen con el modernismo, a fines del siglo XIX, hasta las primeras décadas de este nuevo milenio. Mal puede sorprender así que los latinoamericanos no hayamos dejado de participar en el debate en curso, aunque solo lo hayamos hecho de una manera un tanto oblicua, a través del sonado ensayo de Josefina Ludmer, “Literaturas posautónomas” (2007). Quince años después de su publicación en la revista *Ciberletras*, todavía siguen vivos los ecos de la intensa polémica que suscitara, como nos lo muestran los recientes artículos de Wanderland Alves, “Posautonomía: notas iniciales para una historia literaria futura” (2021), y de Sandra Contreras, “El Diario Sabático: estructura histórica y experiencia del presente en la especulación temporal de Josefina Ludmer” (2022).

No voy a hacer aquí evidentemente un resumen de una discusión tan extensa y substanciosa, cuyos contextos culturales son originalmente los del Cono Sur (aunque las repercusiones vayan mucho más allá) y en la que tomaron parte críticos como Martín Kohan, Raúl Antelo y Alberto Giordano, entre otras y otros. Baste decir que, a mi modo de ver, la polémica tiene, entre sus muchas virtudes, la de poner de relieve las distintas implicaciones y presupuestos del empleo del término “autonomía” en el texto de Ludmer y los problemas que plantea el abandono de una definición diferencial del hecho literario y de la especificidad de su valor en los fluctuantes usos que la autora hace de esa palabra. Y es que, lejos de ser unívoca, la noción de autonomía constituye sin lugar a duda un concepto de geometrías diversas que no significa lo mismo cuando se lo utiliza para analizar un campo institucional, como lo hace Bourdieu, o cuando se lo emplea para caracterizar una política y una estética, como lo hace

Rancière, o cuando se recurre a él para hablar de la figura del autor y de las condiciones de producción, circulación y recepción de las obras artísticas y literarias, como lo hacen Van Rooden y Sapiro. A descargo, y según ha sido apuntado ya por varios críticos en la disputa, hay que conceder que buena parte del aspecto provocador del ensayo de Ludmer procede justamente del tono perentorio y desenvuelto con que en él se construye una idea de la posautonomía sobre los cimientos de un concepto histórica y teóricamente bastante más denso –nada menos que una de las piedras de toque de la estética moderna, trabajada y pulida por un largo y prestigioso linaje que va de Kant a Adorno.

Sin embargo, y por lo que toca al tema de este libro, el interés de traer a colación la propuesta de “Literaturas posautónomas”, a quince años de distancia, radica en la posibilidad de asociarla a la noción de “escrituras posglobales”, como a un llamado urgente a la lectura e interpretación del presente y a la revisión de las inestables fronteras actuales entre literatura y sociedad. Porque si bien es cierto que, para Ludmer, la posautonomía es lo propio de la literatura en tiempos de globalización, no lo es menos que el término tiene asimismo una vocación prospectiva y, como lo dejó entrever la crítica, representa también un anuncio y una proyección de “lo que viene después”, es decir, de este momento posglobal. En este sentido, entiendo que la posautonomía apunta igualmente a nuestro hoy contemporáneo, a nuestro aquí y nuestro ahora, es decir, a esta resaca de la globalización que nos ha tocado vivir y que se ve signada, entre otras cosas, por un regreso del Estado-nación, una relocalización de las industrias y servicios, una agravación de las crisis migratorias, una extensión planetaria de las epidemias y una rehabilitación de los nacionalismos que ya ha ido cosechando sus frutos gracias al resurgimiento de los populismos, las reivindicaciones territoriales y el recurso a las guerras “preventivas”.

No hace falta decir que Ludmer escribió su ensayo originalmente en 2007, en el apogeo de los procesos globalizadores y de cara a un mundo que ya no es el nuestro. Pero, aun así, a través de la idea de

posautonomía, no solo supo replantear el papel de la crítica como activismo cultural, en función de la necesidad de describir y leer el presente, sino que fue asimismo capaz de vislumbrar y nombrar una serie de tendencias que bien pueden representar las líneas de fuga de la literatura en estos tiempos posglobales. “La característica de lo que viene después —escribió— es que no es *anti* ni *contra* sino *alter*, que no hay un corte total con lo anterior, que el pasado está presente en el presente y persiste junto con los cambios” (Ludmer, 2012, s.p.). En la continuidad de las transformaciones que ella nombra en su ensayo, uno de los cambios mayores es incontestablemente la cancelación del debate histórico entre autonomía y compromiso que, tras dos décadas de aparente despolitización del campo literario en modo neoliberal, ha abierto el camino a la reaparición de la política en la literatura, pero dando pie a nuevos modos de intervención textuales y extratextuales que ya no reconocen las viejas fronteras entre escritura y sociedad. Ludmer vio claramente esta tendencia del quehacer literario junto a otro conjunto de cambios que desdibujaban en 2007 el espacio de la literatura y que, en mi opinión, no han dejado de agudizarse desde entonces.

En algunas escrituras del presente que han atravesado la frontera literaria [y que llamamos posautónomas] puede verse nítidamente el proceso de pérdida de autonomía de la literatura y las transformaciones que produce. Se terminan formalmente las clasificaciones literarias; es el fin de las guerras y divisiones y oposiciones tradicionales entre formas nacionales o cosmopolitas, formas del realismo o de la vanguardia, de la “literatura pura” o la “literatura social” o comprometida, de la literatura rural y la urbana, y también se termina la diferenciación literaria entre realidad [histórica] y ficción. No se pueden leer estas escrituras con o en esos términos; son las dos cosas, oscilan entre las dos o las desdiferencian. (Ludmer, 2007, s.p.)

Desde su observatorio de la primera década del nuevo siglo, la crítica argentina tenía manifiestamente una visión radical, general e incluso “infernial”, como dice Benítez Pezzolano (2017, p. 336) del

colapso de la tradición moderna, pero no podía tener en cuenta las tendencias regresivas y reaccionarias que hacen aún más compleja nuestra situación actualmente. Lo importante, sin embargo, es cómo nos invita en este párrafo y en algunos otros a considerar la hipótesis de una ruptura de amplísimas consecuencias a través de la noción de *desdiferenciación* con que caracteriza la producción del hecho literario como la génesis de una inédita liminariedad. Cabe recordar que Ludmer redacta y publica su ensayo en los años en que se asiste a la difusión de la web 2.0 y en que se hace posible y se generaliza la interactividad en la red, con la escritura de los blogs y con la aparición de plataformas como Facebook y Twitter. No quiero decir con ello que “Literaturas posautónomas” se haya inspirado simplemente en la revolución tecnológica entonces en curso, ni en la nueva accesibilidad a la red como un inagotable archivo que nos permite cohabitar continuamente con el pasado. Lo que quiero decir más bien es que la radical mudanza de horizontes que conlleva el surgimiento de la web 2.0 y en la que se inscribe la divulgación misma del ensayo de Ludmer —no habría que olvidar que, en dos de sus reediciones, en Perú y Brasil, se le publica incluso con el título de “Literaturas posautónomas 2.0”— permite una plasmación visual del nuevo paisaje comunicativo que hace posible reconceptualizar prácticas, tendencias y debates anteriores sobre la liminariedad de la literatura y las relaciones entre literatura y sociedad, como, por ejemplo, la extensa discusión posmoderna sobre ficción, testimonio y realidad histórica.

No en vano, cuando vuelve sobre su ensayo en 2010, en una suerte de coda que se intitula “Notas para Literaturas Posautónomas III” y que se publica también en la red, Ludmer realiza dos aspectos centrales de su trabajo, ambos vinculados a la revolución tecnológica 2.0: la nueva concordancia de tiempos que resulta de la difusión del archivo digital y justamente la generalización de los procesos de desdiferenciación. Sobre esto nos dice:

La caída del mundo bipolar produce fusiones de opuestos y desdiferenciación entre los polos anteriores. Imaginar / pensar / sentir en

fusión con palabras como intimopúblico, realidadficción, adentroafuera y abstractoconcreto.

En el caso de la realidad y la ficción (una oposición antes bipolar) podría imaginarse la fusión de este modo: un polo se come al otro, la ficción se come la realidad. En realidad, la ficción cambia de estatuto porque abarca la realidad hasta confundirse con ella. Es posible que el desarrollo de las tecnologías de la imagen y de los medios de reproducción haya liberado una forma de imaginario donde la ficción se confunde con la realidad (lo desarrolla Beatriz Jaguaribe en *O choque do real. Estética, mídia e cultura*. Río de Janeiro, Editora Rocco, 2007: 119). El resultado es la realidadficción, que no es una materia hecha de las dos, no es una mezcla, un mestizaje, un híbrido o una combinación, sino una fusión donde cada término es, de un modo inmediato, el otro: la realidad ficción y la ficción realidad. (Ludmer, 2010b, s.p.)

Subrayo que, si en la primera versión de 2007, la desdiferenciación pareciera condenar la literatura a colapsar y a disolverse en el ruido del mundo, en esta segunda versión de 2010 es la ficción la que acabaría devorando a la realidad toda y confundiéndose con ella, como en una reedición de la pesadilla de “Tlön Uqbar Orbis Tertius”. Huelga decir que no comparto ni una hipótesis ni la otra. Pero sí quisiera insistir en que la especulación de Ludmer, de cara a lo que puedan ser las escrituras posglobales y la indagación del presente de la literatura latinoamericana, constituye un llamado a elaborar teóricamente una estética de la liminariedad que tenga en cuenta las nuevas condiciones materiales, mediales y semióticas del quehacer literario, que incorpore además nuevos corpus al pensamiento crítico y que busque, en fin, otros modelos de lectura del fenómeno de la desdiferenciación y sus múltiples rostros: una nueva reflexión sobre las inestables fronteras de la literatura. En este sentido, creo que los trabajos que se están haciendo en humanidades en torno a la noción de “difracción” desarrollada por Donna J. Haraway y Karen Barad pueden ser una buena pista interdisciplinaria, ya que permiten salir del régimen representacional y del binarismo implícito en palabras como modelo, copia, fidelidad, reproducción, ilustración o imitación.

La difracción hace posible pensar zonas de interferencia móviles y variables donde la liminariedad no es conceptualizable en términos de hibridación o de fusión, sino más bien de enmarañamiento, desbordamiento, derrame, infiltración, irradiación, inoculación de un medio en otro. Recordemos que, para Barad, la refracción hace evidente la articulación profunda entre materia y significación, y la enmarañada estructura de la cambiante y contingente ontología de nuestro mundo (Barad, 2007, p. 71). Por su parte, Haraway nos dice:

Los patrones de difracción constituyen una historia heterogénea, no son originales. A diferencia de los reflejos de espejo, las difracciones no desplazan lo mismo a otra parte. La difracción es una metáfora de otro tipo de conciencia crítica al final de este milenio cristiano bastante doloroso, comprometido con marcar la diferencia y no con repetir la Sagrada Imagen de lo Mismo. Estoy interesada en la forma en que los patrones de difracción registran la historia de la interacción, interferencia, refuerzo, diferencia. (Haraway, 1997, p. 497)

Más allá o más acá de las ya recurrentes bibliografías sobre la auto-ficción, la crónica, el testimonio y demás géneros narrativos no-ficcionales, la poesía electrónica latinoamericana ofrece hoy por hoy un corpus bastante rico y amplio para explorar este fenómeno, como lo muestran las obras compiladas recientemente por la argentina Claudia Kozak, el mexicano Rodolfo Mata y el puertorriqueño Leonardo Flores en la antología *Lit-e-Lat* (2020). En el cruce entre interactividad, visualidad, materias, medios y formatos que trabajan con hipertextos, algoritmos y escrituras transversales podemos acercarnos a una continua difracción que, como quería Ludmer, mueve las líneas entre realidad-ficción, íntimo-público, adentro-afuera, abstracto-concreto y también entre humano-no-humano, programado-aleatorio, generado-apropiado, nacional-regional y local-global. Esta poesía expandida o *fuera de sí*, como la llama Kozak (2017), constituye un terreno ideal para ver operar la estética de liminariedad que, a mi modo de ver, ya está redefiniendo las relaciones entre literatura y sociedad en nuestros tiempos posglobales. La mediación

digital desempeña aquí, evidentemente, un papel capital, pero sus consecuencias se hacen sentir también en la lectura de las obras analógicas, en los imaginarios de la creación e incluso en un estado de la subjetividad contemporánea modulado por la experiencia intermedial y la rápida circulación de contenidos. Estoy pensando, por ejemplo, en una novela como *Nefando* (2016) de la ecuatoriana Mónica Ojeda que se mueve con fluidez por los territorios del videojuego, la investigación policial, el testimonio, la pornografía, la pedofilia y el Deep Web, creando continuidades inéditas entre los mundos analógicos y digitales y planteándonos toda una serie de incómodas preguntas éticas.

Para concluir, quisiera cerrar estas disquisiciones diciendo que, por lo que toca a nuestro presente y a las virtuales escrituras de la posglobalidad, la posautonomía bien puede señalar entre nosotros tanto la superación del debate moderno entre literatura comprometida y literatura pura, como la aparición de un nuevo estadio de la autonomía literaria que, a la luz del desarrollo de la literatura electrónica y marcado por la emergencia de una estética de la liminariedad, trae consigo la promesa de una reconfiguración de los lazos entre literatura y sociedad. Jacques Rancière, cuyos trabajos sobre el régimen estético de la literatura y el arte está detrás de toda esta reflexión, nos recordaba con su lectura de Schiller que, originalmente, la autonomía literaria no fue pensada como una frontera entre la institución literaria y la vida social, sino como una promesa que se hizo desde la literatura hacia la sociedad toda, como un principio de emancipación que debía animar a todos los miembros de una comunidad. Kohan lo dice de otra manera en su artículo de la polémica cuando señala que la autonomía, así entendida, puede representar aún un desafío y una esperanza (Kohan, 2012, p. 102). Porque quizás lo importante no es ver el colapso o la crisis del sistema estético moderno sino su subsistencia en medio del cambio, es decir, la rápida implementación de este nuevo régimen de liminariedad del que nosotros tendremos que dar cuenta si queremos seguir siendo activistas del presente, como quería Ludmer. Ella misma lo dijo en

su última intervención sobre “Literaturas posautónomas” en 2012: “Hoy lo dominante es lo transliterario; la literatura sale y entra de la literatura a la vez: oscila en la frontera” (Ludmer, 2012, s.p.).

Bibliografía

Alves, Wanderland. (2021). Posautonomía: notas iniciales para una historia literaria futura. *Orbis Tertius*, 26 (33). http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.12786/pr.12786.pdf

Flores, Leonardo; Kozak, Claudia, y Mata, Roberto (coords.). (2020). *Antología Lit(e)Lat. Literatura electrónica latinoamericana y caribeña*. Vol. 1. <http://antologia.litelat.net>

Barad, Karen. (2007). *Meeting the Universe Half-Way*. Durham, NC / Londres: Duke University Press.

Barthes, Roland. (1964). *Essais critiques*. París: Seuil.

Benítez Pezzolano, Herbert. (2017). Autonomía y posautonomía literaria. Crítica de un malentendido. *Valenciana*, 10 (20), 335-360. <https://doi.org/10.15174/rv.v0i20.332>

Bourdieu, Pierre. (1992). *Les Règles de l'art: genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil.

Contreras, Sandra. (2022). El Diario Sabático: estructura histórica y experiencia del presente en la especulación temporal de Josefina Ludmer. *Cuadernos Lírico*, (24). <http://journals.openedition.org/lirico/12390>

- Denis, Benoit. (2000). *Littérature et engagement: de Pascal à Sartre*. París: Seuil.
- Haraway, Donna J. (1997). Feminism and Technoscience. *Journal of the History of Biology*, (30), 494-497.
- Kohan, Martín. (2012). Sobre la posautonomía. En Carlos Eduardo Capela y Liliana Reales (coords.), *Arquivos de passagens, paisagens* (pp. 91-102). Florianópolis: Editora da UFSC.
- Kozak, Claudia. (2017). La literatura expandida en el dominio digital. *El taco en la brea*, 4 (6), 220-245.
- Ludmer, Josefina. (2007). Literaturas posautónomas. *Ciberletras – Revista de crítica literaria y de cultura*, (17). <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v17/ludmer.htm>
- Ludmer, Josefina. (2010a). *Aquí América Latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Ludmer, Josefina. (2010b). Notas para Literaturas Posautónomas III. *Blog de Josefina Ludmer*. <http://josefinaludmer.wordpress.com/2010/07/31/notas-para-literaturas-posautonomas-iii/>
- Ludmer, Josefina. (2012). Literaturas postautónomas: Otro estado de la escritura. *Dossier. Revista de la Facultad de Comunicación y Letras*, (17). <https://revistadossier.udp.cl/dossier/literaturas-postautonomas-otro-estado-de-la-escritura/>
- Ojeda, Mónica. (2016). *Nefando*. Barcelona: Candaya.
- Rancière, Jacques. (2000). *Le Partage du sensible*. París: La Fabrique.
- Rancière, Jacques. (2011). *Aisthesis*. París: Editions Galilée.
- Van Rooden, Aukje (2016). *Literature, Autonomy and Commitment*. Nueva York / Londres: Bloomsbury Academic.

Sapiro, Gisèle (coord.) (2019). Autonomies of Art and Culture/Autonomies des arts et de la culture. *Biens Symboliques*, (4). <https://journals.openedition.org/bssg/320>